

EL ARQUETIPO DE ALTERIDAD Y

LA RIQUEZA SIMBÓLICA DEL FÚTBOL

Carlos Amadeu Botelho Byington¹

"Para cierto tipo de intelectuales, el fútbol no pasa de un poderoso instrumento de alienación. En verdad, el fútbol es un gran ritual del pueblo. A través de los jugadores, de la pelota, del árbitro, de la victoria e incluso de la derrota, cada hincha va reviviendo de forma simbólica y altamente emocional los grandes sucesos de su propia existencia".

Para muchos, el fútbol y el carnaval son dos grandes ejemplos de alienación social en América Latina. Esto me parece una visión superficial de la cultura latinoamericana, e incluso, de lo que sea cultura. Un fenómeno sólo hace vibrar el alma individual y cultural de un pueblo en la medida en que contiene los símbolos que expresan y nutren la vida psíquica de ese pueblo. Y sólo cuando comprende el valor de estos símbolos la psicología se convierte en un instrumento de transformación cultural. Sin dejar de ser ciencia, sale entonces de los consultorios y de los manicomios y pasa a hacer educación, arte, política, mostrando a los educadores y gobernantes cuánto ellos pueden hacer por el desarrollo del alma individual y colectiva.

Los símbolos organizan el desarrollo psíquico a través de los arquetipos, que son verdaderas matrices de comportamiento psíquico, descritas por Jung en su descubrimiento de la Psique Arquetípica. Es ejercitando símbolos como la persona realiza su crecimiento. Una vez Freud permaneció observando a un niño que jugaba. Él lanzaba lejos un juguete amarrado a una cuerda y decía: *lejos!* Después halaba cerca de sí y decía: *aquí!* En su sutileza clínica, Freud vio en ello la hipótesis de que el niño estuviera ejercitándose para aprender a estar lejos de la madre a través de un juego de pérdida y recuperación que él mismo había inventado.

Winnicott también percibió la gran función del juguete en el desarrollo creativo de la personalidad. Los niños que disponen de juegos van a jugar creativamente para desarrollarse. Podemos ampliar el concepto de símbolo de transición de la madre a la

¹ Médico Psiquiatra y Psicoterapeuta. Miembro fundador de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica y Miembro de la Sociedad Internacional de Psicología Analítica. Educador, Historiador y creador de la Psicología Simbólica Junguiana. E-mail: c.byington@uol.com.br site: www.carlosbyington.com.br

vida aplicado por Winnikott para el osito o "trapito" elegido por el bebé, pues todos los símbolos expresan la transición de la consciencia en su desarrollo. Pero necesitamos ir más allá y percibir los juegos de masa, principalmente los deportes nacionales que atraen a multitudes, como un ejercicio de desarrollo simbólico del alma colectiva, esto es, de la cultura. Para tal fin, es importante intentar comprender el substrato psicológico profundo que da origen a un deporte capaz de fascinar a las grandes masas.

Dentro de una psicología simbólica del deporte en general, vemos que los juegos de masa, canalizadores de intensas emociones colectivas, no son un mero pasatiempo. No son, como muchos piensan, el mundo de lo superficial, de lo no serio. Los grandes rituales de una cultura vinculan permanentemente lo que es vivido en la superficie y en la profundidad del alma de un pueblo. La práctica de esos rituales realimenta a los individuos a través de la vivencia de los símbolos de la psique colectiva.

Exactamente como un árbol se alimenta de la savia que recibe de la tierra a través de las raíces, los rituales nos traen energía de crecimiento en la medida en que mantienen a un pueblo profundamente ligado a su identidad a través de sus raíces culturales. Así, tanto más rica será una cultura cuanto más exuberantes fueran los rituales que sus individuos tienen a su disposición.

Las dicotomías maniqueístas patriarcales se tornaron un cáncer que devora y debilita a la cultura occidental, generando categorías estáticas que aprisionan a los símbolos. Así es como muchos sólo consideran cultura a lo que se aprende en las Universidades y relegan a un plano irrelevante a todo lo que es espontáneo y popular. Ese pensamiento maniqueísta y elitista es incapaz de percibir los símbolos, pues separa el trabajo del arte, lo serio de lo no serio, el deber del placer, y se olvida de que, mucho antes de que hombre hubiera comenzado a escribir, ya era capaz de expresar por mitos y rituales sus vivencias más profundas y significativas.

Cada vez más en el mundo y sobre todo en América Latina, el fútbol es un juego que emociona a multitudes, ocupa en nuestra cultura latinoamericana la función de deporte nacional y ya nos dio siete copas del mundo. Por todos estos motivos es nuestro mayor ejercicio psicológico simbólico de desarrollo. Espero que este estudio resumido sobre los símbolos del fútbol sirva para enlazar más nuestra conciencia colectiva al corazón de nuestro pueblo y coloque también al servicio de nuestra cultura las herramientas de la psicología simbólica iniciada por Freud y Jung.

El Campo, un Mandala: Símbolo de Totalidad

El fútbol es un espectáculo colectivo que se torna ritual en la medida en que identifica a los espectadores con el drama que se desenvuelve en el campo. Los jugadores son como personajes de teatro con los cuales nos identificamos ritualmente y el campo, en realidad, reúne dos grandes teatros de arena, siendo por esto un anfiteatro (anfi=ambos lados). El circo, el cine, las paradas, las corridas de toros, los festivales de música y danza, las novilladas y los demás deportes colectivos, son espectáculos donde el público puede participar a través de la identificación dramática. Esta identificación es proporcional al entusiasmo demostrado por la asistencia. La comparación puede chocar, pero tales espectáculos tienen simbólicamente la misma función psicológica que las religiones: vincular a la conciencia individual y colectiva con sus raíces, es decir, con el Arquetipo Central del Self, organizador del desarrollo psicológico del alma individual y colectiva. Prueba de eso es que, en innumerables culturas, estos espectáculos existían como un ritual propiciador de los dioses, como bien ejemplifican los juegos olímpicos dedicados a Zeus. El gesto del jugador vencedor, erguir la Copa al final, es un símbolo de la Apoteosis, comunión del individuo con el Todo.

La importancia de los fenómenos rituales se revela de forma clara en el espacio donde ellos ocurren. La delimitación de este espacio consiste en una verdadera sacralización, hecha frecuentemente a través de *mandalas*, que son formas geométricas centralizadas, tales como círculos, cruces, cuadrados y rectángulos. En sánscrito, mandala quiere decir círculo y da origen a las formas circulares o cuadrangulares que sirven para meditación en las *Yantras* del Yoga tibetano y allí se tornan círculos mágicos. Estudiando al Tantra Yoga, Jung halló que la función psicológica del mandala es *religar* la conciencia con el centro de la personalidad, estableciendo la armonía psíquica a través de la meditación. Él señaló también que la presencia de mandalas en fenómenos individuales y colectivos expresa vivencias de totalidad. El mandala aparece también en dibujos espontáneos infantiles con la finalidad de estructurar el ego o en las crisis psicóticas para mantener la unidad de la conciencia amenazada de desestructuración. El diplomático brasileño José Oswaldo Meira Penna escribió sobre el mandala como plano básico de organización de ciudades, y los antropólogos los conocen bien en la organización del espacio tribal. El mandala está vinculado al número 4 y a los fenómenos cuaternarios que son expresión frecuente de la acción organizadora del Arquetipo Central en la mente humana. El mandala es, pues, un símbolo estructurante de la totalidad del individuo y de la colectividad que, a través de él, se relacionan con su centro psíquico.

El Fútbol, una Gran Escuela de Entrenamiento Emocional

El campo de fútbol es un mandala contenido en otro que es el estadio y en un tercero que es la ciudad, el país y hasta el Planeta. El hecho de que el estadio tenga una función práctica (acoger a la hinchada) no invalida en nada su aspecto simbólico. Como el hecho de descubrir el papel del corazón en la circulación de la sangre no impide que éste sea un gran símbolo emocional. Es más, los médicos cada vez más se dan cuenta de que, al examinar a una persona que sufre del corazón, sus síntomas pueden ser tanto una expresión fisiológica como emocional, o incluso ambas. Cuerpo y emoción, sujeto y objeto, son inseparables en la formación de los símbolos que expresan cualquier fenómeno humano. La vida humana es orientada por los significados de los símbolos y, por tanto, nada de lo que es humano puede existir sin ser simbólico. El hecho de que la pelota sea redonda para rebotar y rodar mejor no nos debe impedir verla también como símbolo. Ya Platón consideraba a la esfera la forma más perfecta de la geometría. Innumerables culturas expresan a través de la esfera y del círculo sus símbolos de totalidad, por ser formas geométricas donde no se puede diferenciar el principio del fin. El control de la pelota es un ejercicio físico pero también emocional de búsqueda de coordinación total del Ser.

El mandala del campo contiene, delimita y propicia el desarrollo de la tensión necesaria a la acción dramática, pues es forma y símbolo. Éste es, al mismo tiempo, espacial, vivencial y emocional también: delimita a los que juegan, a los que hacen barra en las bancas y en casa, separándolos físicamente para reunirlos emocionalmente como un todo durante el desarrollo dramático. La identificación hincha-jugador es muy favorecida por la cobertura de la prensa que convierte al espectáculo en el más íntimo de todos. Para tal fin, la prensa se vale de retratos y entrevistas de jugadores, complementadas con comentarios, chismes y desafíos de dirigentes, lo que aumenta la expectativa dramática y favorece la participación emocional de todos. Son los rituales emocionales de calentamiento preparatorio. A través de ellos, la identificación espectador-jugador es desarrollada al máximo. Esta identificación llega a tal punto que precisa ser limitada y contenida, sin lo que no sería posible la acción dramática: entre el campo y la hinchada hay un foso y policías listos para contener el alma desbordante de los más exaltados. Esta delimitación física es necesaria para favorecer la identificación emocional, que así puede alcanzar con seguridad el grado intenso de entusiasmo necesario para que el pueblo se torne también agente del drama a desenvolverse. ¿Pero puede hablarse de

drama y totalidad en un juego que para muchos intelectuales no pasa de ser un pasatiempo alienante?

Las vigas maestras de la Conciencia Individual y Colectiva son el Arquetipo Matriarcal de la sensualidad y el Arquetipo Patriarcal de la organización. Un tercer arquetipo que es el Arquetipo de Alteridad reúne la organización y la sensualidad, el placer y el deber, la diversión y la obligación, el deseo y la ética en una relación dialéctica. Y el fútbol hace todo eso pues relaciona creativamente el placer y el deber, el intelecto y la emoción, la afectividad y la agresividad, los pies y la cabeza, la voluntad consciente y el impulso irracional, el planeamiento y la espontaneidad, la victoria y la derrota. El fútbol es el encuentro de dos equipos opuestos controlando el balón con los pies e intentando llevarlo al gol contra el adversario. Su función superficial aparente es el ejercicio físico de los jugadores y el entretenimiento de los asistentes. Entre tanto, visto en sus significados simbólicos, el fútbol es un ejercicio de confrontación de opuestos, durante el cual varias emociones son elaboradas, esto es, liberadas, ejercidas, conocidas y adiestradas. Más eficiente que cualquier Universidad, el fútbol es una escuela de entrenamiento emocional, democrático y ético del alma colectiva con alto potencial pedagógico civilizador. ¿Pero, por qué dar tanto énfasis a la confrontación de opuestos en el desenvolvimiento emocional?

En varios trabajos sobre la psicología de la llamada civilización occidental, vengo intentando mostrar que nuestra tradición patriarcal de poder elitista fue siendo paulatinamente transformada por el Mito Mesiánico Cristiano que substituyó, entre progresos y retrocesos, a la espada represiva por la cruz del encuentro y de la compasión. O sea, substituyó la mentalidad represiva tradicionalista, dogmática y elitista de la preponderancia del Arquetipo Patriarcal por la mentalidad humanista, progresiva, liberal, igualitaria y creativa del Arquetipo de Alteridad. Fueron las Instituciones que transmitieron el Mito Cristiano las que lo patriarcalizaron y muchas veces lo tornaron una caricatura al servicio de la política y de la espada.

Escocia X Inglaterra: Una Guerra Resuelta con el Balón

Como ya descubriera Heráclito, el conflicto es inherente al desenvolvimiento individual y cultural. En la mentalidad patriarcal, los conflictos son resueltos mediante la represión y su clímax es la guerra. En el patrón de alteridad (alter=otro), que se caracteriza por considerar que una pareja o adversario consagra al otro, los conflictos son abordados por medio de la interacción de la tesis con la antítesis para renacer ambas

modificadas en cada nueva síntesis, como formuló Hegel. En lugar del homicidio que rige la relación padre-hijo del Mito de Edipo, característico del Arquetipo Patriarcal, el Arquetipo de Alteridad rige la relación padre-hijo a través de la confrontación y de la interacción creativa. Uno de los grandes símbolos de este nuevo patrón es la cruz, un mandala que representa la entrega del hombre patriarcal para la liberación de sus represiones y su renacimiento en la democracia. Se trata del mito de la muerte y de la resurrección del hombre pleno - del *Ánthropos*- capaz de convivir en la alteridad. El Arquetipo de Alteridad fue expresado en el Cristianismo por la convivencia dialéctica del Padre con el Hijo a través del Espíritu Santo en el Misterio de la Trinidad. El Arquetipo de Alteridad fue también expresado en la prédica de Buda sobre el camino del medio, camino de la sabiduría que evita los radicalismos, y en muchas otras religiones, obras de arte y filosofías.

En el patrón del Arquetipo de Alteridad, el conflicto con el otro es vivenciado como creativo. Y este es el gran mensaje de la democracia que propone el rescate de los polos reprimidos de la cultura para que los varios sectores y funciones de la vida crezcan, se confronten, se transformen y se multipliquen. El patrón de alteridad permite al Ego y al Otro relacionarse, afirmando su identidad junto con sus diferencias. El patrón de alteridad trae una propuesta de desarrollo individual y social tan superior al patrón represivo patriarcal que, después de dos mil años de su revelación en Oriente Medio, su implantación en el proceso civilizador todavía está en su inicio. La propia historia del fútbol es la mayor prueba de que su práctica es exactamente dentro de ese nuevo patrón de la Cultura Occidental, de allí la fascinación que despierta en el mundo moderno. Los orígenes del fútbol se pierden en la Historia. Comienza en Inglaterra, tal vez a partir del *harpastum*, juego de pelota con las manos, traído de Grecia por los romanos. Otra hipótesis es que el fútbol se originó de la costumbre primitiva de patear la cabeza de los enemigos para conmemorar las victorias. Y desde hace mucho tiempo se tienen noticias del fútbol jugado en los miércoles de carnaval en Chester, ciudad inglesa fundada en el tiempo de los romanos.

Frente al patrón represivo patriarcal, el fútbol siempre fue un juego revolucionario por cinco grandes razones. Por ser asociado desde su inicio al carnaval, fiesta sabidamente ligada a la liberación de las emociones e instintos. Por ser jugado con los pies, símbolos de lo irracional en una cultura que se tornaba cada vez más racionalmente organizada y planeada a través del patrón patriarcal usado de forma represiva. Por ser un deporte colectivo y así contrariar a los deportes individualistas de las élites patriarcales dominantes. Por dirigir las emociones de lo nuevo hacia una disputa que acaba bien,

contrariamente a los torneos patriarcales que terminan con la caída, herida o muerte del adversario. Por ser una actividad social que subordina la agresividad al deporte, contrariamente a los torneos patriarcales que subordinaban el deporte a la agresividad, preparando al pueblo para la guerra, el fútbol consiguió subordinar la agresividad al deporte a través de la transformación de la muerte del enemigo en el símbolo del gol. Como dijo poéticamente el cronista - "al calor de la pugna, Zico venció a tres adversarios, y mandando un cañonazo desde fuera del área, decretó inapelablemente la caída de la ciudadela adversaria".

El fútbol se caracterizó desde su inicio como un encuentro entre opuestos, donde el conflicto comunitario es admitido, ejercido y subordinado placentera y agresivamente a un fin pacífico. Al comienzo, el fútbol era mucho más violento, pero su propia práctica fue canalizando la agresividad cada vez más adecuadamente. En su trayectoria antipatriarcal, innumerables fueron sus símbolos anti-machistas como, por ejemplo, la existencia de un partido anual muy famoso realizado antiguamente en la ciudad de Midlothian, en Escocia, donde las mujeres casadas se enfrentaban con las solteras. Tan antipatriarcal y antiguerrero fue siempre el fútbol que, ya en 1297, una guerra entre Inglaterra y Escocia fue desalentada porque los soldados de Lankshire, tradicionales enemigos de los escoceses, desobedecieron a sus comandantes y prefirieron disputar su rivalidad en el fútbol y no en el campo de batalla. Cuenta una leyenda que hasta el Rey Eduardo I acabó participando. Es importante resaltar que, después de eso, los reyes Eduardo III, Ricardo II, Enrique IV, Enrique VIII y hasta Elizabeth I, ya en el siglo 16, legislaron contra el fútbol, sin resultados. La admiración por el fútbol desviaba al pueblo de los torneos de luchas de arco y flecha, debilitando los ejércitos. Se volvió necesario reprimirlo en nombre de la seguridad nacional del Imperio Inglés.

Todo en vano. El deporte floreció y se extendió en nuestra cultura por vías diversas, pero con la misma pujanza de nuestro Mito Mesiánico, ambos buscando implantar a su manera el patrón de alteridad, de respeto por el otro en la cultura occidental. Jung llamó la atención profusamente hacia el poder prospectivo de los símbolos. A los cuatro años de edad, él mismo soñó con un falo de carne sobre un altar subterráneo. Este falo representativo de la sexualidad espiritual, que trasciende la sexualidad fisiológica, fue un símbolo altamente prospectivo para él, pues guió su obra durante más de ochenta años. Mi tesis es atribuir la evolución del fútbol a la actividad simbólica prospectiva de la Psique colectiva en la transformación de la cultura. Es un hecho sociológico extraordinario que el fútbol se haya implantado revolucionariamente, sin ningún catecismo o proselitismo, sólo y exclusivamente a partir del alma del pueblo de

abajo hacia arriba. Hegel propuso una teoría religiosa de la Historia, según la cual, ésta sería la encarnación progresiva del Espíritu Divino. Podemos retomar esta teoría en el nivel científico afirmando que, dentro de la transformación histórica traída por el Mito Cristiano, que ilustra una Teoría Simbólica de la Historia, el Fútbol es una expresión cultural de la asimilación del Arquetipo de Alteridad en el proceso civilizador.

El fútbol es una actividad simbólica que muestra la creatividad del Self Cultural a partir de una necesidad histórica de trascender simbólicamente el patrón represivo guerrero. No surge ni de una lucha de clases económicas ni de una sublimación a continuación de una represión. Por el contrario, el fútbol surge y se desarrolla simbólicamente a partir de la inteligencia creativa de la Psique Colectiva para atender a una necesidad histórica de la Conciencia Colectiva de búsqueda de alteridad y de democracia. Una apertura mayor a la función creativa del símbolo en la cultura nos permite percibir la coincidencia entre la relación histórica del desarrollo del fútbol a partir de los siglos 12 y 13, y la fascinación por la leyenda del Gral en la literatura de ese período, donde los caballeros de la Mesa Redonda, inicialmente 12, buscan la copa con la sangre de Cristo para salvar el reino. Una de las heridas que incapacitan al Rey para gobernar es exactamente la parálisis de las piernas. Será demasiado asociar al fútbol con la búsqueda de salvación del ser humano de la destrucción por la opresión y por la guerra a través del rescate del cuerpo como expresión simbólica de la redención de lo oprimido?

Es verdad que el fútbol ya fue mucho más violento de lo que es hoy. En el siglo 18, era común que un juego terminara con muchas fracturas. La dirección progresiva de su codificación y autopedagogía fue, sin embargo, siempre la de expresar un conflicto de opuestos que culminase con una solución creativa y no represiva, en función de su relación con el centro a través del gol.

Un Equipo en Busca del Gol es el Hinchas en la Lucha de la Vida

No quiero decir que no haya agresividad y machismo en el fútbol. Sin embargo, la finalidad del fútbol no es la violencia y el machismo, al contrario de los patrones patriarcales represivos. En la ética patriarcal, el adversario tiene que oponerse radicalmente al otro, dominarlo, hasta destruirlo. Durante el predominio patriarcal en la cultura, en lugar del juego, teníamos el torneo. El vencedor, representante de un feudo o de una nación, derrotaba, hería y frecuentemente mataba al adversario. El fútbol es un fenómeno cultural extraordinariamente profundo que prueba la enorme evolución de la conciencia colectiva. En él el ser humano aprende a superar el patrón represivo y a

ejercer la relación dialéctica de los opuestos de forma creativa y no destructiva. Luchar, competir con derechos iguales de expresión para vencer sin destruir.

El rugby americano, creado en 1823, introdujo el juego con las manos perdiendo así uno de los aspectos más revolucionarios y simbólicos del fútbol. Los pies representan la parte más instintiva del ser humano, como ilustra bien la figura mitológica del centauro. Los pies representan la mitad inferior del cuerpo, generalmente asociada a los procesos inconscientes y vegetativos, pues allí se sitúan los intestinos, la excreción fecal y urinaria y los órganos sexuales - todo eso contrapuesto a la cabeza y a la boca, representantes de la conciencia, de cuatro órganos de los sentidos y de la ingestión. La propuesta del fútbol es revolucionaria exactamente por introducir nuevamente la parte inferior del cuerpo, tan reprimida en nuestra cultura. En el fútbol, la coordinación corporal readquiere su heroísmo, su brillo, en una competición agresiva. En el fútbol se destacan justo los pies. Justo la mitad inferior del cuerpo, la más necesitada de redención en nuestra cultura. Freud denunció la represión sexual que es únicamente una parte de la represión del Arquetipo Matriarcal, que representa todo lo que es arcaico, sensual, instintivo e irracional en el ser humano. La habilidad de los pies es la habilidad del mundo arcaico. Lo opuesto de la cabeza, del raciocinio claro, de la conciencia. El hombre occidental se hipertrofió tremendamente sólo en torno de la conciencia, y de la palabra, del arbitrio del Ego, separándose peligrosamente de las raíces arcaicas de ese Ego. En cambio las naciones latinoamericanas, más distantes de esa cultura académica patriarcal disociada, se muestran sobre ese particular, más sabias que los intelectuales debido al fuerte componente sensual matriarcal ibérico mezclado con aquél de las culturas indígenas y negras. Eso les permite usufructuar plenamente de la expresión integradora del cuerpo en el fútbol y en las danzas populares plenas de sensualidad. Durante la implantación del Arquetipo de Alteridad, que incluye al Arquetipo Matriarcal, el fútbol ha traído "la danza de los pies y el requiebro del cuerpo" y, de esta manera, viene devolviendo a la identidad masculina su sensibilidad perdida. Esta función desarrollada por el fútbol en la identidad del hombre es equivalente a aquella que la danza siempre tuvo para expresar la sensibilidad de la mujer desde tiempos inmemoriales.

La finalidad del fútbol es bregar con innumerables emociones principalmente la agresividad, la ambición, la afectividad grupal, la competitividad, la esperanza de la victoria y la depresión de la derrota y convivir creativamente con ellas, organizándolas en función del centro, esto es, del gol. El goleador es el héroe. Todo desarrollo profundo de la conciencia es revolucionario y activa en el consciente el mito del héroe. La diferencia es que en el fútbol no se expresa el héroe patriarcal que mata al dragón sino el héroe de

alteridad que enfrenta al dragón y rescata el tesoro sin matarlo. Los jugadores de fútbol son los héroes del pueblo, y el goleador es el mayor de todos. Identificados con los jugadores en el ritual dramático, sentimos que ellos realizan proezas físicas y psíquicas tremendamente gratificadoras. Las proezas físicas son maravillosas para ver y se tornan símbolos psíquicos usufrutuados por el hincha. El gol contra el adversario es defendido por un equipo igual al nuestro. Para llegar a él, tenemos que enfrentarnos a emociones y temores intensos, y tenemos que atravesarlos a través de la maniobra, del dominio de la pelota, de la intuición, planeamiento, acción, velocidad -en fin, todo lo más humano que hay contra todo humanamente igual. El carácter imprevisible del juego hace que toda suerte de emociones surja entre el héroe y el gol. De esta manera, la acción dramática de los 90 minutos es un símbolo pujante del proceso de lucha que una persona tiene en la vida para alcanzar sus metas. Es interesante notar que el espacio ritualizado es representado por el mandala cuaternario (el campo), que está siempre asociado a fenómenos humanos de totalidad, y el tiempo de 90 minutos evoca el número 3 como indicio del proceso evolutivo de la vida, cuyo ejemplo más ilustrativo es la duración de nuestra gestación. Es importante saber que en su inicio el fútbol era jugado en un espacio enorme generalmente entre dos aldeas, con participación casi ilimitada de personas y de tiempo. Su codificación con la demarcación del campo, y del número de jugadores ejemplifica su transformación progresiva en un ritual de transformación emocional colectiva.

El número 4 en la estructura y el 3 en la duración apuntan a la dialéctica simbólica del 3 y del 4 que Jung tanto estudió (vea, por ejemplo, el Simbolismo del Dogma de la Trinidad, Ed. Vozes). Otro número que expresa la totalidad es el número de 10 jugadores. El 11° es el arquero, símbolo de los otros 10 y, por defender del gol, todo puede, inclusive tocar la pelota con las manos. La necesidad de un 11°, de un jugador diferente de la totalidad de los otros 10, está vinculado con la naturaleza específicamente simbólica del gol que es la meta. El gol está dentro y fuera del campo, así como el arquero forma parte del equipo pero se sitúa fuera de las reglas de los otros. Sucede que el gol se halla asociado al centro del espectáculo y, por tanto, ésta la parte más sacralizada e íntima de todo el espacio dramático. Su característica de meta, que lleva al espectáculo al éxtasis, otorga a quien lo defiende características de totalidad del cuerpo al bregar con la pelota. Es importante señalar que el técnico del time es el 12° jugador que planea la estrategia de la lucha y sufre con ella desde el comienzo al fin. La estrategia, entretanto, es una intención racional que permanece fuera del campo y que actúa a través de la síntesis racional-emocional de los jugadores. Los hinchas no son el número 12 del equipo, pues el

número 12 es el técnico. Los hinchas son el equipo entero, inclusive el técnico con el cual ellos también se identifican, pues lo vivencian como parte inseparable del equipo.

Un jugador de fútbol es una construcción dramática. En ella, el ser humano se lanza, entre las más variadas peripecias emocionales, para marcar su gol. Y el espectador, aun sin estar en el mandala interno del campo, es contenido por el mandala externo del estadio o por el mandala más distante todavía formado por los medios de comunicación que, al tornarse vivo por la emoción de hacer barra, hace al hincha vivenciar las mismas emociones que los jugadores, siempre catalizado, es claro, por la clásica cerveza. La hinchada anima en la medida en que empatiza y expresa las emociones de los propios jugadores y es animada por los jugadores porque el desarrollo del juego presenta la elaboración de las emociones de los jugadores y de la hinchada. Terminados los 90 minutos, la identificación ritual cumplió su papel, pues se unieron los tres mandalas. Jugadores e hinchas dejan el estadio o apagan sus televisores para continuar elaborando durante la semana los grandes lances emocionales que juntos vivenciaron. Los pies, capaces de deflagrar emociones tan arcaicas, evocan la imagen del centauro, reintegrando la unidad plena del ser humano, de la cual nuestra cultura tanto se distanció. Vale la pena recordar que el sabio Chiron, que conocía los secretos de las hierbas curativas de la naturaleza y fue el preceptor de Esculapio, Dios de la Medicina, era él mismo un centauro. A través de la psicología simbólica podemos percibir el papel estructurante, pedagógico y curativo de los símbolos del fútbol.

La Gran Lección: Bregar Bien con las Emociones en Plena Lucha

La función de las instituciones culturales es canalizar las funciones de la vida social, inclusive la vida emocional. Una cultura es rica cuando posee instituciones capaces de canalizar un gran número de funciones humanas, permitiendo que, en su ejercicio, podamos elaborar, educar y perfeccionar esas funciones para la supervivencia y el desarrollo de la comunidad. La cultura es, por consiguiente, la oficina donde el hombre perfecciona su alma con las herramientas desarrolladas por sus antepasados. El fútbol trabaja con emociones fundamentales, como, por ejemplo, la agresividad, la competición, la envidia, la crueldad, la depresión, el orgullo, la vanidad, la humillación, la amistad, la cobardía, la rivalidad, el fingimiento, la traición, la euforia de la victoria o la depresión de la derrota y muchas otras. Prácticamente todas las emociones humanas pueden ser objeto de elaboración, aprendizaje y control durante un juego. Voy ahora a ejemplificar con la agresividad el patrón de elaboración que se aplica a todas las otras emociones.

La identificación emocional jugador-hincha hace que las emociones elaboradas por el jugador lo sean simultáneamente por el hincha. Un equipo que se lanza al ataque en conjunto, activa el coraje y la ambición del jugador-hincha en busca del gol. Activa su inteligencia, sutileza, intuición, creatividad y agresividad. Y lo mismo sucede con el adversario. Esta confrontación de cualidades humanas al servicio de la invasión, por un lado, y de la resistencia, por otro, que luego van a invertirse en un contra-ataque, desarrollan enorme agresividad en el ser humano por el ímpetu de alcanzar el centro del otro equipo y marcar el gol. La energía vital necesaria para que un jugador se lance de cuerpo entero al aire para cabecear un cruce sólo es posible frente a un enorme espíritu de lucha. Las frustraciones inherentes a la mayoría de las jugadas, en ocasiones acompañadas de dolor físico en las entradas más violentas, despiertan también un intenso antagonismo y agresividad.

Exactamente por el hecho de que el fútbol es jugado con los pies, el nivel arcaico e irracional de la emoción activada es mucho mayor. Y el hecho de que el control de la pelota tenga que ser hecho con los pies en momentos de una tensión tan grande, vuelve al control de las emociones en la hora de la jugada un hecho realmente heroico desde el punto de vista psicológico y hasta existencial. En la vida, quien consigue pelear con la mujer, confrontar a un hijo adolescente, ser corchado por un auto o discutir política constructivamente es realmente una persona evolucionada, pues se muestra capaz de bregar con sus emociones no sólo sin descontrolarse, sino hasta tomando una posición creativa frente a ellas.

La mayor frustración que un jugador da a su hinchada no es perder el juego, sino ser expulsado del campo por descontrol emocional. Psicológicamente, esto es significativo, es sobre todo en la frustración de la derrota cuando el jugador más lleva adelante su obra de educación emocional. Atravesar la vivencia depresiva de la derrota, jugando sin descontrolarse, es emocionalmente una proeza aun mayor que la victoria. Nada, sin embargo, más anti-heroico en el juego que la tarjeta roja, símbolo del infierno como castigo por la posesión de la conciencia por la agresividad.

Cuando Haces Barra, Sufres, Casi Pierdes la Cabeza y Después te Recompones, ahí el Juego Fue Bueno!

Lo que puede suceder también es la ruptura de la identificación jugador-espectador. Es cuando el jugador se controla pero el espectador pierde el control emocional. En esos momentos se produce una disociación entre los mandalas campo-estadio que necesitan el foso y el control policial para limitar la tensión a un nivel productivo.

La crisis de identificación espectador-jugador pone en peligro todo el ritual y la misma continuación del juego. El jugador realiza un esfuerzo heroico de contención que el hincha en esos momentos no acompaña: éste grita, insulta, tira cosas al campo, amenaza, agrede a otros hinchas en la banca. Otros hinchas pueden entrar en la pelea o invadir el campo violando el mandala interno. Viene la policía. El juego llega a ser interrumpido o hasta suspendido. Venció el caos. Se acabó el fútbol. Es la tarjeta roja del espectador.

Sin llegar a esas situaciones extremas, las reacciones que caracterizan la escisión emocional jugador-hincha son frecuentes y muy creativas pedagógicamente. En esos momentos, se realiza intensamente en el fútbol la obra educacional que lo torna una de las grandes escuelas de cultura. Al romperse la unidad jugador-espectador, el hincha se descontrola emocionalmente y pierde el patrón de alteridad. Poseído por el Arquetipo Matriarcal o por el Patriarcal, el hincha pierde la dimensión simbólica del juego y quiere agredir físicamente al adversario. Poseído por el Arquetipo Matriarcal, el hincha explota de rabia. Poseído por el Arquetipo Patriarcal, el hincha ataca para ajusticiar a sus opositores o al propio árbitro. El jugador, al contrario del hincha, la mayoría de las veces resiste al descontrol emocional; al contenerse él se convierte en un verdadero profesor del padrón de alteridad: continúa disputando lealmente con el adversario en igualdad de condiciones y transforma creativamente la enorme tensión de los mandalas campo-estadio-ciudad en su avance camino al gol. En el afán de llegar allá también y de participar de la lucha, el espectador brevemente se recompone y retoma la misión común camino al gol. Y el éxtasis del gol es algo tan maravilloso que por ningún estado emocional el hincha quiere perderlo. Es la propia emoción de la búsqueda permanente del gol lo que rehace la identificación jugador-espectador. A través del Arquetipo del Héroe, esta emoción refuerza el Ego del espectador y le permite recuperar el control de sus emociones. Lo hecho por el jugador permitió al espectador sumergirse en la esencia de la agresividad y volver a la superficie sin ahogarse, es decir, sin permanecer poseído por

sus emociones. Es así como se hace un deportista, es así como se engrandece y madura la personalidad de una persona. Ulises tuvo que ser amarrado en el mástil para resistir al canto de las sirenas. En el fútbol, un gran jugador puede conducir a muchos marineros a través del mar agitado de emociones bravías de vuelta al puerto seguro, sin necesitar amarrar a nadie. Esta es una universidad popular de la Psique colectiva, en la cual quien va a las bancas se forma más rápido que quien va a las sillas, porque se expone más al ritual de iniciación de la prueba de campo. Confrontar, convivir y no dejarse dominar por sus emociones más inconfesables, esto es, por su Sombra, es la tarea básica del jugador-espectador.

Sólo que el aprendizaje del fútbol no se hace a través del consciente, como generalmente ocurre en la universidad. El fútbol es una pedagogía que viene de los pies y "toma por abajo". Sube de lo irracional hacia el consciente. El espectador no percibe cuando está descontrolándose o cuando está readquiriendo el control emocional. No está consciente de que comenzó a hacer lo contrario del jugador y que éste lo llevará de vuelta al control emocional. Concibiendo a la personalidad dentro del eje simbólico, entre el Ego y el Arquetipo Central, vemos que el Ego regula el consciente con sus acciones voluntarias y el Arquetipo Central coordina a los demás arquetipos para elaborar símbolos que orientarán a la personalidad. Así, en el fútbol, es el Arquetipo Central el que regula la maduración de la personalidad del espectador a través del Arquetipo del Héroe y de los Arquetipos Matriarcal y Patriarcal interrelacionados dialécticamente por el Arquetipo de Alteridad.

Se comprende entonces porqué tantos símbolos de totalidad están presentes en los mandalas del campo y del estadio, y en los números 4 en la estructura, 3 en el proceso de duración y 10 en los jugadores. Todo esto es para constelar, organizar el centro de la personalidad de todos a través de la acción dramática de forma que la totalidad del Self y no exclusivamente el Ego racional propicie la maduración de la conciencia. Y ni puede dejar de ser así. Si el Ego del espectador se mantuviese absolutamente lúcido, reflexivo y controlado en la mera observación fría del juego, nunca ocurriría la identificación simbólica espectador-jugador, fundamental para que la acción dramática y pedagógica se produzca. La gran finalidad del ritual es exactamente disminuir este poder controlador del consciente para que el Self consciente-inconsciente pase a comandar todo el proceso a través de los símbolos. Esto hace del fútbol un drama para aficionados, lo que le da una característica iniciática. Los que no conocen las reglas, o los significados de las líneas del campo, o los gestos del juez, o las reacciones de los jugadores, difícilmente alcanzarán el estado de fusión emocional jugador-espectador, a

partir del cual el drama será vivenciado. Ese aspecto de drama sólo para iniciados que el fútbol tiene es muy favorecido en nuestra cultura: desde pequeños aprendemos a jugar y a hacer barra. Me acuerdo que desde el inicio de mi adolescencia, iba con un primo a hacer barra por el Flamengo todos los domingos en los más variados campos de fútbol de Río de Janeiro. Cuando el Flamengo ganaba volvíamos a casa generalmente roncos y triunfantes. Cuando perdía, cuántas y cuántas veces, nos quedábamos llorando y mirando el campo hasta que el último hincha saliera del estadio. Como si sintiéramos que el Flamengo fuese a volver mágicamente al campo para retornar la lucha y ganar.

Árbitro, Jugadores, Hinchada: A la Hora Todo el Mundo Juzga

En un estudio comparativo de pedagogía, se puede decir que los métodos de enseñanza a través del Ego son cansadores porque se revelan repetitivos y poco creativos, mientras que aquellos realizados a través del Self son emocionantes. La enseñanza memorista, racionalista y no simbólica a través del Ego desequilibra al Ser porque sobrecarga al consciente con enseñanzas en las cuales no intervienen sus emociones más profundas y significativas. En esa enseñanza, basta que terminen las pruebas para librarnos y olvidarnos de todo lo que aprendimos. En cambio la enseñanza a través del Self es simbólica, es existencial y cansa mucho menos, pues los propios símbolos constelados ayudan a cargar al Ego y al saber. Así es el método de la Pedagogía Simbólica por mí descrito (Pedagogía Simbólica, Ed. Rosa dos Tempos). Es la enseñanza simbólica, racional y emocional la que madura la personalidad armónicamente y por igual y la que hace que un jugador de fútbol, aun sin tener nivel universitario, sea capaz de confrontar a un adversario, exponer en público toda su capacidad de lucha, habilidad y competencia. Vencedor o derrotado, él vuelve a entrar al campo en el próximo juego con la misma disposición para enfrentar todo de nuevo.

Parece poco? Sin embargo, en las relaciones interpersonales, cuál es el político, el cónyuge, el padre, la madre, el científico o el hombre público capaz de hacer eso? Creo que pocos. Al primer ataque, temblamos con la vanidad herida. En el segundo, nos quedamos poseídos por la rabia y por el espíritu de venganza expresados frecuentemente en el aislamiento emocional, que aparentemente representa auto-control, pero que expresa simbólicamente la muerte del otro para nosotros. En el tercero, somos capaces de huir asustados y furiosos del campo de confrontación para nunca más volver. Pasamos de allí a culpar al adversario y a cultivar mezquina y cobardemente el veneno de nuestra amargura por nuestra inmadurez e incapacidad de convivir creativamente con nuestras

emociones en conflicto. Ciertamente, ¿qué es lo que los países latinoamericanos más precisan para enfrentar y atravesar la enorme crisis social en que vivimos? Más que explicaciones brillantes, necesitamos coraje emocional para entrar a un verdadero campeonato nacional y confrontar las varias tendencias de nuestro pueblo y convertirlas, físicamente, en las metas de nuestro desarrollo. Para inventar armamentos, soluciones numéricas y sin alma, intelectualizadas, disociadas del todo, elitistas o represivas, el fútbol no sirve de modelo. Pero, para instaurar, ejercer y aguantar la dialéctica práctica y creativa de los conflictos en función del Todo, que es lo que engrandece a una nación y la transforma en democracia, para eso no hay mejor escuela que el fútbol. El hincha sabe que tarjeta roja y demagogia nunca colocaron la pelota en la red de nadie. Y los políticos, ¿será que saben que si permanecen legislando desde los ministerios jamás sabrán las necesidades reales de su pueblo? Ser Secretario de Transporte sin nunca haber andado en ómnibus a las 5 de la mañana. Ser presidente del Banco Nacional de la Vivienda sin nunca haber visto a un favelado construir su casa. Analizar las estadísticas de atención del Servicio Público de Salud sin saber a qué horas de la madrugada el enfermo salió de casa y cuántas horas esperó para ser atendido. ¿Será difícil percibir la disociación de esta manera de gobernar?

Uno de los mayores tesoros culturales del fútbol es el ejercicio de la función ética, indispensable para el crecimiento de la conciencia colectiva. El gol representa el centro, nuestro y del adversario, y la finalidad del fútbol es alcanzarlo. Ahora bien, el centro es el mayor símbolo de totalidad. Por lo tanto, todas las reglas del fútbol, que codifican lo cierto y lo errado, lo hacen en función de la dialéctica del jugador-espectador con el centro. Y lo cierto y lo errado están enraizados en última instancia en la relación entre el Bien y el Mal, que forman la polaridad ética más profunda del alma individual y colectiva. Las reglas del fútbol limitan y propician la dialéctica de lo cierto y de lo errado, del Bien y del Mal y subordinan dramáticamente el ejercicio de esta ética a la tarea de alcanzar el gol, o sea, de relacionar la conciencia con el centro. Es, por consiguiente, una ética vivida en medio de un conflicto entre opuestos en una relación consciente con el centro organizador. El ejercicio de la ética en el fútbol es ejercido por todos. Es emergente, dinámico, creativo y por eso tan fascinante como el propio juego.

En la vida diaria, nadie juzga las situaciones emocionales con la cabeza fría, después de consultar tratados de jurisprudencia. Es durante el juego y al calor de las emociones que el fútbol enseña la ética en la medida en que lo cierto y lo errado son identificados y diferenciados a través de los gestos y silbatos del juez. La ética no es sabida solamente por el juez e impuesta al drama desde fuera hacia dentro del juego. La

relación ética emerge dentro de la propia acción dramática donde el árbitro, espectadores y jugadores forman un todo en relación con el gol. Es muy importante simbólicamente el hecho de que el árbitro calce botines como los jugadores y corra entre ellos todo el tiempo. El árbitro se torna así el representante de la función ética común a los dos equipos. La decisión ética es extraordinariamente creativa y vivenciada profundamente porque emerge junto con los sucesos más emocionales del juego. Por eso, todos los hinchas participan de la discriminación de lo cierto y de lo errado junto con los jugadores, que es revelada a la conciencia colectiva dramática y creativamente por el árbitro durante el juego. Los discernimientos éticos más difíciles acompañan muchas veces los sucesos más emocionantes del juego, lo que torna a la acción de juzgar a veces tan fascinante como la jugada.

El ejercicio de la ética es creativo y general. La dialéctica de la identidad hincha-jugador con el árbitro para el aprendizaje ético, pedagógicamente hablando, es fantástica. Todos juzgan en el estadio y el juicio es tan rápido como la acción. El árbitro expresa la sentencia y es inmediatamente juzgado por la comparación de su marcación con aquella que los jugadores y espectadores también hacen. En el caso de discordancia, se exacerban las emociones, y la revuelta es expresada con palabrotas que llegan a veces a ser codificadas para mejor expresión conjunta de la hinchada. De esta manera se exagera y se propicia intensamente el aprendizaje de la dimensión ética.

Entre tanto, también la frustración ética es subordinada a la necesidad de continuación del espectáculo. El ejercicio ético del pueblo continuará siendo ejercitado y perfeccionado en las bancas y, después del juego, por las esquinas y bares de la ciudad y, en casa, por los medios de comunicación. La función ética organiza y delimita la acción, permitiendo que la acción dramática eleve las emociones a grandes temperaturas, fundamentales para la vivencia simbólica y el crecimiento de la conciencia que culmina con la maduración de la personalidad.

Las varias marcaciones de faltas abordan infracciones éticas diferentes que permiten la discriminación ética de las más diversas emociones. La regla del impedimento, por ejemplo, prohíbe recibir la pelota por detrás de la defensa, delimitando física y dramáticamente situaciones de lealtad en la confrontación directa; y la de traición, en el atacar por detrás.

Otra discriminación ética muy importante en el fútbol es la que distingue entre culpa y dolo, entre buena y mala fe en las jugadas más violentas, donde la mala intención suele ser castigada con la tarjeta roja. La distinción ética entre culpa y dolo en la catalogación del Mal es tan importante que de ella el derecho penal se ocupa extensivamente hace

muchos siglos para juzgar y castigar los crímenes. Psicológicamente, ésta se basa en la diferenciación de la intención al servicio de la creatividad y de la vida o de la destructividad y de la muerte. Siendo un juego que aborda el propio drama de la vida, el fútbol trabaja dialécticamente con la polaridad de la vida y de la muerte, del Bien y del Mal. La finalidad del fútbol es la dialéctica de los opuestos para marcar el gol, esto es, alcanzar el centro a través de la acción social conjunta. El jugador no puede alcanzar el gol a través de jugadas desleales, lo que equivale a la revelación ética de que no se puede usar la destructividad ni siquiera para ampliar la vida.

El ejercicio de la ética en el fútbol es tan evolucionado que trajo también la codificación de no marcar una falta que beneficie al infractor. Ahora bien, juzgar así es extremadamente sabio, pues significa no subordinar la ley a un principio abstracto y aplicarlo separadamente del aquí-y-ahora. Es preciso casi un don jurídico para percibir la sabiduría ética que el pueblo aplica y desenvuelve minuciosamente en cada juego.

El Símbolo del Gol

El gol es espacial y emocionalmente la esencia del equipo. La pequeña área matiza el espacio alrededor del gol con características especiales- dentro de ella nadie puede tocar al arquero. Alrededor de ella está la gran área, donde el arquero puede tomar la pelota, pero sin poder salir del área con ésta en las manos. Otra gran característica es que cualquier falta hecha por la defensa dentro de la gran área es una falta máxima (penal) para la defensa, pero no para el ataque. El gol es el altar. Es el espacio sacralizado para la vivencia del éxtasis.

O gol es el único espacio delimitado en tres dimensiones, pues el campo lo es solamente en dos. El gol es el espacio más íntimo y especial del campo y, sin embargo, lo trasciende: está en el campo y, al mismo tiempo, fuera de él. Eso da al gol el carácter de símbolo del centro que, en la personalidad, es ocupado por el Arquetipo Central, que controla todos los demás arquetipos y cuyos símbolos de totalidad dan la noción más íntima de lo sagrado y del tesoro buscado por el héroe en las leyendas y mitos. Es alcanzable por el esfuerzo del Ego, mas al mismo tiempo no puede ser controlado por el Ego, pues está fuera del campo. Su encuentro depende de fuerzas trascendentes del Ego, ya sean fuerzas de la naturaleza, ya sean fuerzas inconscientes y, por lo tanto, fuera del control emocional de la conciencia y de la voluntad. El gol en todo nos recuerda al *temenos*, o espacio sacralizado donde, a través de la vivencia sacrificial, el individuo se relaciona con el Todo en las religiones.

El Gol Simboliza la Muerte y la Resurrección

El gol es el mayor símbolo del fútbol. Representa la muerte simbólica del adversario y alcanza intensa profundidad porque el mandala del campo permite que, a través del centro, todo comience de nuevo y el equipo que murió en la derrota renazca y vuelva a luchar. En este símbolo la muerte es vivenciado como agente de transformación, exactamente como en nuestro Mito Mesiánico. La vivencia de sufrir el gol y de hacer el gol se complementan y forman un todo emocional. Alegría y tristeza, euforia y depresión, realización y frustración son vivenciados como polos inseparables del proceso existencial. Esta lección de gran profundidad emocional es de las más sabias y difíciles de ser aprendidas por un ser humano durante su largo proceso existencial. Es interesante verificar en la práctica, que cuando un equipo marca un gol, hay una reacción intensa del adversario para empatar. El jugador y la hinchada saben que el gol no es un acontecimiento lógico. Depende siempre de la oportunidad, del destino, de algo ligado al misterio de la creatividad y de la vida y que trasciende las leyes de causa y efecto. A veces, el jugador tiene todo para anotar y no lo hace. Se habla de magia, de hechizo, de *gol cerrado*. O entonces es día en que el artillero está con garra. Y entra todo. Es la superstición queriendo dar forma a lo indescriptible y explicar lo incomprensible. Pero todos saben que el gol surge como una revelación, exactamente como las soluciones en los misteriosos caminos de la vida. A veces tenemos la premonición de que el gol va a ser hecho incluso antes de que el jugador pateee. Es la vivencia profética tan común en el fútbol. Por eso, todo tiro en gol es un acto de inspiración, de fe, frente al cual el jugador y la hinchada saben que será lo que Dios quiera. Si no tuviera que entrar, no entra mismo. En ese sentido, suceden goles increíbles que traen victorias imposibles y que propician al jugador-hincha vivencias milagrosas, inherentes al tipo de las vivencias místicas que enaltecen la creatividad extraordinaria del Arquetipo Central del Self.

Otro gran símbolo que vincula al gol con la experiencia de totalidad es el hecho de que reúna en sí mismo inicio y el fin. Lo que es una paradoja. No obstante, toda representación simbólica, principalmente los símbolos de la totalidad siempre incluyen paradojas, pues se trata de una situación en la cual los opuestos están contenidos y operantes. En el caso del tiempo, la unión del principio y del fin se torna una señal de totalidad que todo lo abarca. Esto ocurre en la marcación del gol, única situación en que, en el medio de la partida, la pelota debe volver al centro del campo, como en el inicio.

Todo acaba y todo vuelve a comenzar y por eso, el centro del campo tiene a su alrededor un círculo, el cuarto mandala, el mandala íntimo del campo.

El gesto del árbitro apuntando el centro después del gol es la validación ética más simbólica y emocionante de todo el juego, siendo complementada por la belleza del salto consagrante del artillero frente a la hinchada. Es como si cada gol contuviese todo el misterio del juego en el éxtasis de su marcación y, al mismo tiempo, terminase de cierta forma el juego, que debe otra vez ser recommenzado, a partir del centro. El simbolismo de la muerte y resurrección ligadas al centro y a la totalidad son aquí innegables.

Los equipos entran al campo, sociológicamente hablando, en absoluta igualdad de condiciones. No hay el menor elitismo o privilegio. Se trata de una manifestación ideal del fenómeno social democrático de alteridad. Pero los equipos también son opuestos y hacen todo para golear y así se vuelven un fenómeno ejemplar de la dialéctica de las diferencias de los opuestos en una acción comunitaria. Un equipo ataca, otro se defiende. Al atravesar el campo adversario, al sentirlo derrotado, resta el arquero que se defiende con todo. Al vencerlo también, el goleador decreta la caída de su ciudadela. Es la confrontación máxima de una polaridad donde el vencido fue alcanzado en la médula más íntima de su centro y el vencedor consagró el poder penetrante de su ataque. La creatividad popular suele expresar el gol a través de diversos símbolos de la conjunción de los opuestos, inclusive de la unión sexual entre el hombre y la mujer. El gol es entonces saludado como expresión de orgasmo, éxtasis y fecundación: *"Metió un golazo y balanceó el velo de la novia"!*

Pero es bueno no confundir las cosas. Este simbolismo no es usado porque el fútbol sea la práctica sublimada de una relación sexual, como muchos podrían reductivamente explicar, sino solamente porque el fútbol, como el sexo, puede expresar lo más profundo que hay en la vida. El gol es éxtasis porque es el momento de la expresión dramática de la reunión de los opuestos, momento más significativo de la expresión del Self comunitario. Para el jugador-hincha, identificado con la suerte de su equipo, ser goleado duele en el fondo de su ser; para el jugador-hincha-goleador se produce la consagración de todo el esfuerzo desarrollado. Se encuentran los opuestos del éxito y del fracaso, de la victoria y de la derrota, del ataque y de la defensa, de lo activo y de lo pasivo, que en último análisis se arraigan en los dos grandes opuestos de la existencia humana - la vida y la muerte. El árbitro, en el gesto más expresivo del fútbol, une la muerte y la vida, lógicamente irreconciliables, apuntando hacia el centro del campo. Llevar la pelota al centro del espacio dramático es recommenzar el juego es, pues, la mayor enseñanza existencial del fútbol, pues los acontecimientos centrales de la vida contienen

siempre los opuestos. Cuando alguien vence, alguien pierde, cuando alguien nace, alguien se acerca más a la muerte y es esto lo que siempre une tristeza y alegría en todo lo más profundo que ocurre en el misterio de la vida. Es importante notar que quien recomienza el juego es quien sufrió el gol. Quien murió es quien debe recomenzar.

Si en nuestra imaginación, desviamos los dos goles hacia el centro del campo formaremos un campo con el gol en el medio cercado por un círculo. Allí estarán los dos adversarios en el centro, antagónicos y sin embargo unidos indisolublemente dentro de la unidad. Es así como el campo funciona dentro del alma individual y colectiva pues el adversario es también parte de nosotros mismos. Él es adversario pero también compañero. Donde él está ahora, en el momento siguiente estaremos nosotros. Es así como el fútbol nos trae la gran vivencia de la alteridad que es como escribió Jung: "donde está la oposición, allí estará también la identidad".

Con un fútbol Suelto, el Brasil fue Tetra-Campeón

De la manera en que es practicado en Brasil, el fútbol trae un mensaje de desarrollo para toda nuestra cultura. Ayuda a implantar entre nosotros, a través de los pies, irracionalmente, de abajo hacia arriba, el mismo patrón dialéctico y creativo, enlazado al centro y al todo, que el Mito Mesiano ha venido implantando en el mundo. Muy opuesto al patrón patriarcal, represivo, armamentista, que parte de arriba hacia abajo, suprimiendo a los adversarios.

El fútbol integra también nuestras raíces europeas, africanas e indígenas, contribuyendo inmensamente en la formación de nuestra identidad multicultural. En su ejercicio del cuerpo está la creatividad y el gozo del cuerpo del indio y del negro. Y también la dedicación, el planeamiento, el esfuerzo y la paciencia del europeo. A través de la samba, de la danza, del uso total del cuerpo, las culturas africanas y las culturas indígenas complementan a la europea, que nos aportó mucho conocimiento pero también mucha represión. Samba y fútbol son formas extrovertidas de demostrar la creatividad del cuerpo. Al contrario del ballet clásico, por ejemplo, codificación patriarcal deformadora del lenguaje de los pies, muy al gusto europeo.

Con nuestro fútbol creativo y suelto, fuimos tetra-campeones del mundo. Después vino la manía de decir que teníamos que asimilar nuevas técnicas. La técnica importada fue la implantación de la estrategia defensiva en el fútbol y sincrónicamente coincidió con la represión política del país. El jugador pasó a ser visto como un ignorante que tenía que aprender técnicas complicadas estudiando video-tapes de equipos europeos y perdiendo

de esa manera el espontáneo sintonismo latino con el cuerpo, de tan buenos resultados en el pasado. El espectador tampoco se identificó con esas técnicas importadas, verdadera repressión del alma colectiva. Éste se identifica con el equipo suelto para atacar o defenderse, para perder o ganar de lejos, práctica que felizmente reapareció, coincidiendo también con la reapertura política.

América Latina es una civilización de gran creatividad. Podemos usarla para entrar a una fase del mundo moderno que no pase por las disfunciones patriarcales europeas, generadoras de las más sangrientas guerras de la humanidad. Pero el Mito Mesiánico y el sentido del fútbol serán esfuerzos del Self Cultural no correspondidos si nuestra Conciencia Colectiva no se esfuerza para comprender sus símbolos y ejercerlos en todos los espacios institucionales donde se manifiesten. La gran función social de la Psicología Simbólica es ver los acontecimientos como símbolos y percibir su función histórica en la maduración cultural. Gracias al negro y al indio, a su sacrificio, a su fuerza de trabajo y al mestizaje, adquirimos una identidad multicultural, lamentablemente todavía latente, que nos puede ayudar mucho a superar las limitaciones de nuestras raíces patriarcales europeas. América Latina, por consiguiente, tiene muchas posibilidades de crecer de forma integrada, si consigue absorber y vivenciar en sus instituciones los símbolos que ya vive en el Mito Mesiánico, en la música, en la danza y en el fútbol.

El Fútbol, la Actividad Comunitaria y la Violencia Urbana

La preconización capitalista del libre mercado y de la individualidad competitiva de predominio patriarcal hasta pueden aumentar el PIB, el producto bruto interno, pero acaban enriqueciendo más a los que ya son ricos. La concentración de renta y la miseria en América Latina son asustadoras y vergonzosas cuando hablamos de alteridad y democracia. La voluntad política de los dirigentes responsables necesita liderar creativamente al empresariado para reunir al pueblo en la actividad conjunta para enfrentar los grandes problemas nacionales dentro de la actividad comunitaria.

Esa voluntad política puede reunir el Arquetipo Patriarcal de la organización empresarial competitiva y el Arquetipo Matriarcal del ritual amoroso grupal por la mejora social, dentro del Arquetipo de Alteridad, tan bien conocido por el pueblo por el financiamiento actual de grandes empresas a los clubes de fútbol. Financiamiento éste protegido por una legislación fiscal incentivadora.

Es un gran error cultural creer que la violencia de las hinchadas organizadas del fútbol debe ser evitada por la prohibición legal de las mismas, como está sucediendo en

San Pablo. Es como cerrar una escuela importante porque los alumnos se comportaran mal. Se incendia una floresta para que los tigres no tengan donde vivir sin percibir que ésta es la mejor manera de soltar los tigres en las calles de las grandes ciudades.

La violencia de las grandes ciudades adviene de muchos factores, pero uno de ellos es la pulverización social con la pérdida de la identidad de las personas. Las grandes ciudades como San Pablo, que tiene 10 millones de habitantes sólo en la ciudad y un total de 17 millones si incluimos sus alrededores (Gran San Pablo), crecieron de forma desordenada y absorbieron a las pequeñas ciudades a su alrededor. Así desapareció la ciudad pequeña, un importante referente de identidad de las personas. La agresividad humana es desencadenada por la frustración y la identidad de las personas ayuda a controlarla. El desamparo y el sufrimiento de quien tiene poca identidad deriva mucho más fácilmente en la violencia, cuando las personas no tienen un respaldo comunitario para canalizar la agresividad desencadenada por sus frustraciones.

La hinchada organizada es un precioso referente de identidad en los diferentes barrios de la ciudad. La fidelidad y la devoción a los clubes es impresionante. Las personas se separan en el casamiento, se cambian de ciudad y hasta emigran del país, pero allá a lo lejos, continúan acompañando y haciendo barra por su club. Conversando un día con un mendigo, le pregunté qué haría si se sacase la lotería Él no titubeó: - "La Mitad yo se la daría al Flamengo", respondió. - "¿Pero, por qué?", volví a preguntarle. - "Porque el *Mengão* ya me dio muchas alegrías en mi triste vida", me respondió.

La devoción al club y la fuerza de la hinchada organizada pueden ser dirigidas hacia el desafío de la integración en las actividades colectivas aliadas a las instituciones públicas y privadas. Así, el Arquetipo de Alteridad, que se expresa de forma tan exuberante en el fútbol, reuniendo de manera creativa el Arquetipo Matriarcal del equipo, del sudor, del placer, inclusive de la cervecita helada y el Arquetipo Patriarcal de la organización, del orgullo, de la honra, de la ambición y de la responsabilidad, puede ser expresado también en el refuerzo de la identidad de las personas a través de la humanización por su participación comunitaria.